



Cecilia Andrea Rabell Romero

“La demografía histórica y la historia”

p. 177-184

Reflexiones sobre el oficio del historiador

Gisela von Wobeser (coordinación)

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

252 p.

(Serie Divulgación, 2)

ISBN 968-36-44-84-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historiador_reflexiones/301a.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



En esta presentación quisiera hablar sobre algunas de las características de la demografía histórica, porque creo que esta disciplina tiene rasgos que contribuyen a plantear preguntas que los historiadores no se hacen, y a observar y responder de manera algo distinta. Abordaré tres temas:

- 1) las preguntas que se hace el demógrafo histórico;
- 2) los métodos con los que observa y analiza, y
- 3) los distintos “tiempos” con los que trabaja.

La demografía histórica es una disciplina puente entre la concepción del hombre como especie biológica y el hombre como ser social. Su objeto de estudio es la población, pero vista como un conjunto de individuos caracterizados y analizados por rasgos biológicos (edad, sexo). Estos rasgos son determinantes en el proceso de reproducción de la población: nacer, formar parejas, procrear y morir, temas de la demografía que intentan responder una pregunta central: ¿cómo se reproduce la especie humana en determinado momento de la historia?

El interés de la demografía es medir el crecimiento de la población, analizar sus mecanismos y comprender sus causas. Por supuesto que no negamos que en los mecanismos y en las causas intervienen factores culturales y sociales, pero por razones que explicaremos más adelante estos factores se consideran “externos”. Sin embargo, nos interesa destacar la visión biológica del objeto de estudio que han

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

construido los demógrafos. El siguiente ejemplo ilumina bien este aspecto.

Los primeros 100 años del dominio español en América están marcados por una catástrofe sin paralelo en la historia: la reducción masiva de la población indígena. En la explicación de esta catástrofe demográfica intervienen argumentos que provienen de las ciencias sociales (dislocación de las comunidades por la ruptura de sistemas de organización del trabajo, de cambios en la tenencia de la tierra, etcétera); sin embargo, la causa directa más importante por su impacto fueron las invasiones microbianas (viruela, tifus, tuberculosis, sarampión, gripe, varicela). Las poblaciones americanas fueron diezgadas por estos microbios porque, a diferencia de las europeas, no habían convivido durante siglos con los animales (perros, cerdos, aves de corral, vacas). El hombre europeo convivía con microbios de estos animales y se había adaptado a ellos.

Podemos conceptualizar el problema planteando que el crecimiento demográfico fue frenado por fuerzas de constricción (las epidemias) y que la población debió desarrollar mecanismos de adaptación a este nuevo entorno microbiano, que implicaron generar inmunidad permanente contra los agentes patógenos. Esta forma de adaptación es independiente de la acción humana. La pregunta central que se hace el demógrafo histórico es: ¿cómo pudo cambiar el régimen demográfico imperante en la época prehispánica, sin por ello perder su capacidad de funcionamiento y de adaptación? La respuesta estriba en conocer los mecanismos demográficos que entraron en juego para que este descenso se prolongara hasta las primeras décadas del siglo XVII. De manera específica, nos preguntamos si hubo un deterioro permanente en los niveles de mortalidad, o bien una sucesión de periodos cortos de crisis, y cuáles fueron los mecanismos que desarrollaron las poblaciones para frenar los estragos de la despoblación: mecanismos para elevar la natalidad.

Un importante aspecto de esta cuestión es la “descompresión” que las comunidades campesinas, cada vez menos pobladas, ejercían sobre las tierras. Quizá aquí esté una parte de la explicación, aún

misteriosa, del inicio de la recuperación de la población que puede ubicarse hacia principios del siglo XVII.

Como este ejemplo, otros procesos históricos pueden verse como procesos de adaptación del hombre dirigidos a adecuar el crecimiento de la población a factores como la tierra, la producción de alimentos o el medio ambiente.

El punto que deseo subrayar es que la demografía histórica ha construido un objeto de estudio: la población, en la que el hombre es visto como un ser biosocial, y que de ello se deriva una multiplicidad de preguntas muy específicas en torno a la reproducción de la especie humana. También quisiera hablar de la metodología y los conceptos que emplea esta disciplina.

El tema es relevante porque la demografía es una disciplina que, a pesar de no basarse en grandes teorías, ha tenido un desarrollo muy significativo en aspectos conceptuales y metodológicos.

Se parte de un concepto inicial de población, para luego observar y medir los procesos que la configuran echando mano de conceptos como tasas y cocientes que miden la probabilidad de que ocurra un evento (tener un hijo, morir). Se construyen modelos de poblaciones teóricas y, a partir de los modelos, se desarrollan conceptos cada vez más refinados. Así surgió, por ejemplo, el concepto de población estable (una población que crece a una tasa constante) y que, por cierto, fue intuido por Malthus hace varios cientos de años.

El hecho de contar con un verdadero arsenal conceptual y metodológico confiere a la demografía histórica bases sólidas, aunque también le ha ganado enemigos. Pero esto explica otra de las especificaciones de la disciplina: la posibilidad de someter a prueba las hipótesis y, más aún, de medir el impacto que pueden tener las variables. Como ejemplo mencionaremos un trabajo donde se analiza, a lo largo de 100 años, la influencia de los precios sobre la mortalidad, nupcialidad y natalidad en varias poblaciones novohispanas del siglo XVIII.

Este desarrollo conceptual y metodológico está muy vinculado con las características del objeto de estudio: la población, que es susceptible de ser observada matemáticamente. De hecho, podemos imaginar que la población es un sistema cerrado, que estaría contenido en una esfera formada por dos partes: un núcleo “duro” matemático y una corteza más suave donde se ubicarían las relaciones con factores culturales, económicos y sociales.

El núcleo representa la teoría matemática relacionada con la estructura y el movimiento de la población y con todas las técnicas de medición y análisis. La noción básica de dinámica poblacional está relacionada con la idea de equilibrio porque la población, al igual que otros sistemas, tiende a regresar o a permanecer en un estado de equilibrio. Cuando éste se rompe por causas externas al sistema (una crisis de mortalidad de origen epidémico) o evoluciona poco a poco por motivos explicables dentro del sistema mismo (escasez de mujeres en el mercado matrimonial), entonces entran en juego “mecanismos de autorregulación” para restablecer la situación.

En los ejemplos que dimos se han observado aumentos en la fecundidad para contrarrestar las pérdidas por mortalidad y cambios de edades en la unión (novias mucho más jóvenes y mucho más viejas) para superar la falta de mujeres.

De lo anterior dos ideas deben recordarse: la primera es que la población es vista como un sistema “cerrado”, porque cualquier cambio se puede explicar recurriendo a variables del propio sistema. Así, un aumento en la fecundidad no controlada puede explicarse por un descenso en la edad de matrimonio, lo cual tiene como consecuencia que la mujer viva más años en unión.

La segunda idea es que se trata de un sistema homeostático, es decir, que tiende al equilibrio. Ambas nociones permean todo el trabajo de los demógrafos históricos.

El resultado de esto es que para dar explicaciones que vayan más allá, afuera del propio sistema, la demografía echa mano de disciplinas diversas (la biología, la historia, la sociología). Hasta ahora, la demografía no parece haber tenido mucho éxito en el desarrollo

de su propia teoría “interdisciplinaria” para explicar cambios o continuidades en los procesos demográficos.

El tercer y último tema que trataré es el uso del tiempo en demografía histórica, que es, por lo demás, el mismo tiempo del demógrafo.

Primero debemos decir que la ubicación de un fenómeno en el tiempo es una parte muy importante de la forma como se observa en demografía.

Yo diría que usamos tres tiempos distintos. El primero es el tiempo largo, que no es el braudeliano, pero no por ello deja de ser largo. Este tiempo, que puede extenderse hacia atrás o hacia adelante, es el adecuado para las proyecciones.

No se trata de un mero capricho; lo que sucede es que las estructuras de población poseen una inercia. Esto puede comprenderse fácilmente si se piensa que en este momento, en México, entre la población hay personas que pertenecen a unas 100 diferentes generaciones, y si al conjunto de sobrevivientes los clasificamos por edad, integran la estructura por edad de la población. Ya nacieron todos los que dentro de veinte años empezarán a tener hijos. Cualquier cambio es, necesariamente, muy lento.

Estas consideraciones son básicas para entender por qué el demógrafo puede intentar medir el impacto del pasado sobre el futuro; un ejemplo de este ejercicio serían las proyecciones del total de habitantes que habrá en este país en el año 2050. Basándose en la experiencia del pasado, en la pesada inercia, y en algunos supuestos sobre cómo variarán los procesos de mortalidad y fecundidad, se puede tener una razonable certeza de diversas características de la población mexicana en el año 2050.

En este ejercicio se tomarán en cuenta las experiencias de todas las personas que nacieron entre 1891 y ayer.

El segundo tiempo es el generacional. En demografía histórica es el que más se emplea y con sobrada razón porque una parte importante de las herramientas metodológicas se han diseñado para

medir los fenómenos que suceden entre una generación y los cambios, normalmente bastante sutiles, entre generaciones.

Como ejemplo del uso de este tiempo generacional para ubicar fenómenos de aculturación está un análisis de la fecundidad de tres generaciones de mujeres que vivieron en una comunidad luterana en Curitiba, Brasil, entre 1866 y 1939.

La primera generación, de pioneras, nació en Suiza y, después de establecerse en Curitiba, mantuvo el idioma alemán, la religión luterana y diversas costumbres de los grupos campesinos europeos; entre ellas las *probenacht* (o noche de prueba) que, en realidad, significa una gran libertad sexual entre los jóvenes.

Las mujeres de esta primera generación, casadas entre 1866 y 1894, tuvieron una descendencia final de 8.7 hijos y uno de cada cuatro tuvieron concepciones prenupciales. Además, sólo el uno por ciento de los nacimientos eran ilegítimos.

En la segunda generación de mujeres, casadas entre 1895 y 1919, una de cada seis tuvo concepciones prenupciales. Estas mujeres ya nacieron en Brasil y empezaron a adoptar valores de la sociedad lusobrasileña, como la virginidad. Al mismo tiempo, comenzó el proceso de urbanización en Paraná. En esta generación se inició el control natal y las mujeres tuvieron 5.2 hijos en promedio.

En el tercer grupo, de mujeres casadas entre 1920 y 1938, se dio ya una transformación: sólo una de cada siete mujeres tuvo concepciones prenupciales. Su descendencia final fue de 3.3 hijos solamente, lo que refleja un uso muy difundido de la anticoncepción. Este análisis generacional ilustra el cambio en los patrones del comportamiento sexual, de la nupcialidad y la fecundidad.

Al tercer tiempo lo llamaría el tiempo ficticio; se trata de un tiempo muy útil para fines comparativos y de síntesis, pero en realidad no existe. Cuando sabemos que la esperanza de vida en México en 1980 es de 66 años, nos imaginamos que quienes estamos leyendo esto vamos a vivir, en promedio, 66 años. Sin embargo no es así, pero ¿cómo podríamos saber cuánto vamos a vivir en promedio, si aún no morimos? Lo que estos 66 años representan es en

realidad el número de años, en promedio, que vivirían las personas nacidas en 1980 si, a lo largo de toda su vida, es decir durante los siguientes 100 años, tuvieran las mismas experiencias de mortalidad que en 1980 tienen las personas de las distintas edades.

Hemos construido una “cohorte ficticia” y le hemos atribuido, en un solo año, las experiencias vividas por 100 generaciones. Aunque no representa la experiencia real de ninguna generación, este indicador sí refleja las condiciones de la mortalidad del “momento” (del año). Además, tiene un gran poder de evocación pensar que en 1900 la esperanza de vida al nacimiento era de sólo 25 años, para 1940 ya era de 38 años y ahora es de 66 años.

Terminaré abriendo un abanico. De hecho, la investigación en demografía histórica oscila entre dos polos: en un extremo podemos situar aquellos análisis que se centran en las características demográficas aisladas, podríamos decir atemporales, pero que permiten comparaciones en el tiempo y en el espacio (la mortalidad de los pares ingleses en el siglo XVIII y la mortalidad de los jesuitas del Paraguay en el mismo periodo; la fecundidad de las mujeres de la Francia rural del antiguo régimen y la fecundidad actual en países en vías de desarrollo). En el otro extremo están aquellos trabajos que intentan establecer y analizar las relaciones causales entre las características demográficas de una comunidad y los rasgos del mundo en que viven los miembros de la comunidad estudiada.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS